
Notas



La tertulia de Pombo. Dibujo de Goñi

Recuerdos de Ramón Gómez de la Serna, Indalecio Prieto y José Gutiérrez Solana

I. Ramoniana cardial

Conocí a Ramón Gómez de la Serna en 1924, recién llegado yo a Madrid para mis estudios universitarios. Fui a Pombo con el poeta asturiano Luis Amado Blanco y actuaron como presentadores Antonio Espina y Antonio de Obregón. A partir de mi primera visita a la histórica cripta contemporánea, empecé a frecuentarla y así llegué a tener cierta amistad, con cuantos constituían el núcleo del cenáculo: Ramón, Solana, Bartolozzi, Pérez Ferrero y otros. No iba todos los sábados, pero el término medio de mis cenas pombianas sería, aproximadamente, de una al mes, durante años. La cena tenía lugar siempre alrededor de las diez, cuando Ramón llegaba de la *Revista de Occidente*.

Una de las veces que, con otros, acompañé a Ramón hasta su torreón de Velázquez, ya en la madrugada (pues hacíamos el trayecto a pie y despacio), quedé de acuerdo con él en que, al siguiente día, daríamos un paseo por el sector zoológico que entonces había en el parque del Retiro, pues quería documentarse sobre algo que corrientemente le angustiaba: la muerte por un fallo en el corazón. Sabía que yo era aspirante a cardiólogo y que simultaneaba mis estudios médicos con la búsqueda de significaciones simbólicas e iconográficas sobre el corazón, y quería obtener datos que le sirvieran para sus digresiones literarias y para tranquilizar su miedo.

Lógicamente, yo admiraba a Ramón como escritor y ocurrente, pero en aquella ocasión la realidad sobrepasó todas mis impresiones, porque en lugar de hablar del corazón entabló pronto diálogos bromistas con los leones y los tigres, alternando rugidos y bufidos; con los monos, por señas y dando saltitos; con dos elefantes a los que preguntaba por qué le despreciaban sabiendo, como deberían saber, que él había dado una conferencia subido en lo alto de otro elemento de la especie; con una asquerosa y tiñosa hiena a la que insultaba soltando raras carcajadas que quedaban sin respuesta. Imitó también el canto del pavo real, regodeándose ante los flacos ejemplares allí existentes; y con los cisnes, a los que pretendía emular con contorsiones del cuello que en nada se parecían a las de los ánades, porque Ramón tenía el suyo corto. Era un gozo ver a aquel hombre extravertirse diciendo inconteniblemente frases geniales de las que yo, por desgracia y por respeto, no me atrevía a tomar notas. Pero aquel día el tema que condicionaba aquella cita no salió a relucir en la conversación, pienso que por el terror con que le acogotaba todo lo referente a esa viscera, que después comentaré. Sólo cuando llegábamos a su casa, me dijo que del corazón hablaríamos otro día.

El relato de ese paseo por el Retiro, que dos días más tarde hice a mi maestro don Carlos Jiménez Díaz, motivó me pidiera le llevase el sábado siguiente a Pombo y le presentara a Ramón. Por cierto, que al contarle Jiménez Díaz cómo se había